

CREONTE. Lo es. Previendo el placer que sentirías con abrazarlas, te las he traído.

EDIPO. ¡Oh! ¡que la felicidad no te abandone nunca! ¡que el Cielo te recompense y trate mas favorablemente que á mí!... ¿Dónde estáis, hijas mías? Venid aquí, venid á tocar estas manos fraternales que han puesto en el estado que véis los ojos de un padre que gozaba hace poco de la claridad del dia, y que, ¡oh hijas mías! ¡sin conocer ni prever nada, os engendró en el mismo seno en que habia sido engendrado! ¡No lo veré; pero lloro por vosotras, hijas mías! etc.

Bastan estas emociones profundas; la piedad no ha ido nunca mas léjos.

Si en medio de todas estas lágrimas puede encontrarse alguna leccion de sabiduría, estará en estas últimas palabras que arranca á los ancianos de Tébas la vista de la mucha grandeza seguida de tantos males: «Aprended á dirigir vuestras miradas á los postreros dias de la vida, y á no llamar feliz á ningun hombre hasta que haya terminado su carrera sin experimentar desgracias.»

Seguramente, no se podía ménos de llorar ó de hablar como el coro; pero estoy cierto de que en Aténas era mayor el número de los que lloraban que no el de los que deducian del espectáculo la anterior leccion. Sin embargo, la moral tenia su parte despues de las lágrimas.

NODIER, *Études sur les poètes latins de la décadence.*

§ 7. TRAGEDIAS DE ARGUMENTO ROMANO.

Á los que atribuyen la inferioridad, y hasta la nulidad del teatro latino á la naturaleza de los hechos con que brindaba la historia patria, podemos oponerles el felicísimo éxito que han obtenido algunos de aquellos asuntos en mano de autores modernos. Y como nos alejaria de nuestro presente tema, por ser otra su indole, el análisis del mayor trágico del mundo, nos ceñiremos aquí á hablar de aquellos de sus dramas que son relativos á la historia de Roma.

Shakspeare, que algunos se complacen en presentarnos como tosco y desprovisto de arte, pudo con la flexibilidad de su genio adaptarse perfectamente á las costumbres de los héroes que sacaba á las tablas, y por lo tanto ofrecer al vivo en sus tragedias los tiempos y los casos que describía. En su *Muerte de César* nos parece insigne mente trasladada á la poesía la verdad de la historia; y el interes, manteniendo la curiosidad al par que revela las causas, los incidentes y la inutilidad de aquella tentativa, prueba que, sin la menor suposicion arbitraria, sin mezcla de episodios extraños, se pueden llenar las condiciones esenciales del arte dramática. Mientras que la historia nos presenta los hechos en relacion con los antecedentes, el verdadero poeta elige aquel punto en que se sostienen por sí, en que concuerdan en la sola unidad necesaria, la de sentimiento, y forma de

su poema un conciso epilogo y un vivo desarrollo de la historia.

Al alzarse el telon se ve la plebe agolpada á las calles de Roma, y á los tribunos Flavios y Marcelo, enemigos de César, reprendiéndola porque festeja el triunfo del dictador. «¡Os alegráis! ¿Y la razon? ¿Qué conquistas os trae? ¿Qué tributarios le han seguido á Roma, ó adornan con sus frentes humilladas las ruedas de su carro? ¡Pueblo imbécil y mas estúpido que la piedra insensible! ¡Corazones duros, crueles hijos de Roma! ¿No habéis conocido á Pompeyo? ¿Cuántas veces no os subisteis á los saledizos, á las almenas, á las ventanas y torres, y sentados allí con vuestros niños en los brazos, esperábais pacientemente hasta que el dia aclararse para ver al gran Pompeyo atrevesar las calles de Roma? Cuando su carro aparecia á lo léjos, ¿no alzábais un grito universal, que retumbaba en las dos orillas del Tiber? ¡Y hoy os ponéis vuestras mejores ropas, adoptáis por festivo este dia, y sembráis flores ante los piés del hombre cuya carrera triunfal está bañada con la sangre de Pompeyo! Huid; corred á vuestras casas, caed de rodillas, y rogad á los dioses que suspendan el azote, pronto á castigar tal ingratitud.»

FLAVIO. Id y despojad las estatuas, si las encontráis vestidas con los adornos sagrados. Yo recorreré los barrios de la ciudad, y haré que el pueblo desocupe las calles; ejecutad vos otro tanto. Arrancando á la ambicion de César estas plumas nacies, conseguiremos detener su vuelo á una regular altura; si no, volaria remontándose sobre nuestras cabezas, y nos sumiría en una esclavitud espantosa.

Es el dia de las Lupercales; al son de una sinfonia, digna de anunciar la llegada del protagonista, se presenta César, y recomienda á Calpurnia, su estéril mujer, que se colque al paso de Antonio, á fin de que este, azotándola con las correas de piel de macho cabrío, la libre del encanto que la mantiene infecunda. Un astrólogo le grita de en medio de la multitud: «Guardate de los idus de marzo;» y César no se cuida de su aviso.

El séquito parte, y quedan solos Casio y Bruto; este, así por su carácter como por las ideas que concentra en sí, se muestra pensativo y abstraído; el otro quisiera inducirle á intentar algo contra César. Entretanto se oyen aclamaciones, y ellos, adivinando la causa, tiemblan por su perdida libertad. «¿Y qué? (dice Casio) siendo Romano, se pasea por el universo como un enorme gigante; y nosotros, pigmeos, que nos arrastramos entre sus colosales piernas, adelantamos la cabeza titubeando y con los ojos inquietos, para encontrar al fin ignominiosos sepuleros. Hay tiempos en que los hombres son dueños de sus destinos, y si nosotros gemimos en la esclavitud, amigo Bruto, la culpa no es de las estrellas, sino nuestra. Bruto, César. ¿Qué tiene de particular ese César? ¿Por qué su nombre ha de pronunciarse con mas pompa

que el tuyo? Escríbelos juntos, y el tuyo no le cederá en nobleza; pronúncialos, y parecerá igualmente donoso; en la balanza, ambos tendrán el mismo peso. Los manes evocados con estos nombres aparecerian lo mismo al oír el de Bruto que el de César. ¡Oh Roma! has perdido la raza de tus grandes hombres.... ¿Cuándo se ha dicho jamas de Roma que un hombre solo abrazase el vasto circuito de sus murallas? ¡Oh! tú y yo hemos oido contar á nuestros padres que hubo un Bruto, el cual ántes hubiera visto en el trono al eterno demonio de los infiernos que un rey.»

Movido por estas excitaciones, Bruto promete á Casio escucharle en mejor ocasion. En seguida se presenta César, ya de retorno.

BRUTO. Mira, Casio: la cólera hace enrojecer la frente de César, y todo su séquito me parece disgustado. Calpurnia tiene pálidas las mejillas, Ciceron está como espantado, y él despide rayos de sus ojos como aquella vez en el Capitolio, cuando un senador le contradijo cara á cara.

CASIO. Casca nos dirá de qué se trata.

CÉSAR. ¡Antonio! Haz que me rodee siempre gente de carnes frescas y de tez rubicunda; gente que duerma por la noche. Casio tiene un rostro pálido y flaco; piensa demasiado: semejantes personas son peligrosas.

ANTONIO. No lo temas ¡oh César! pues no es peligroso. Es un noble romano de buenas intenciones.

CÉSAR. Me gustaria que estuviese mas gordo; no quiere decir esto que le tema. Pero si César fuese capaz de temor, no conozco hombre cuyo contacto deseara yo evitar mas que el de ese débil Casio; lee demasiado, observa todo, y espia el corazon de los hombres al traves de sus acciones. No le agradan, como á ti, los espectáculos y los juegos; no se le ve nunca prestar oido á la música. Rara vez se sonríe, y cuando lo hace, parece tener lástima de sí mismo, y desprecia su razon por haber cometido la debilidad de reirse. Los hombres de su temple no están nunca tranquilos, mientras ven á otro mas elevado que ellos; circunstancia que los hace peligrosos. Digo lo que se podria temer, no que yo lo tema; pues siempre soy César. Pasa mi derecha, pues oigo poco de este oido, y dime francamente lo que piensas de mí. (*Vanse.*)

Casca cuenta á Bruto que Antonio habia presentado la corona á César.

BRUTO. Dinos ¿de qué modo se la presentó?

CASCA. ¿De qué modo? que me muera si puedo decíroslo exactamente. Era una pura farsa de que apenas me cuidé. He visto á Marco Antonio presentarle una corona... no una corona de lujo, sino un simple círculo, una apariencia de corona... Y como os he dicho, la repelió, si bien creo que, á pesar de su accion, tenia deseos de aceptarla. Otra vez se la ofreció, y él la repelió de nuevo; pero se me figura que sus dedos se despegaron de ella con lentitud. Se la presentó

por tercera vez, y se repitió la misma escena. Á cada negativa de César se oían los gritos de la plebe, fuera de sí de alegría; aplaudian con las manos encallecidas; arrojaban al aire los gorros, empapados en sudor, y despedian de sus abiertas bocas tanto y tan infecto aliento que César, sintiéndose casi sofocado, se desmayó. Yo no me atreví á reir á carcajadas, por miedo de respirar aquel aire malo.

CASIO. Detente y dime, ¡por tu vida! ¿César se desmayó?

CASCA. Cayó allí en medio, con la espuma en la boca y sin voz.

BRUTO. No me admira. César padece ese feo mal que abate al hombre.

CASIO. No, no es César, somos nosotros, tú, yo y el honrado Casio quienes padecemos el mal que abate al hombre.

CASCA. No sé qué pretendes decir; pero es lo cierto que César cayó. Si aquel pueblo andrajoso no le aplaudió y silbó segun que su conducta le agradaba, ó desagradaba, como á los actores en el teatro, no soy hombre.

BRUTO. ¿Y qué dijo al volver en sí?

CASCA. ¡Oh! ántes de desmayarse, cuando vió á la chusma alegre porque rehusaba la corona, abrió el vestido y presentó el seno desnudo á sus golpes. ¡Que no hubiera sido yo uno de aquellos artesanos! Si no le cojo por la palabra, que me vea en el infierno entre los mas viles. En seguida cayó, y cuando recobró los sentidos, dijo que si habia hecho ó proferido alguna cosa impropia, rogaba á la majestad del pueblo romano que la atribuyese á su desazon. Tres ó cuatro de aquellas mujeres gritaron: *¡Qué alma tan buena!* y le perdonaron de todo corazon. Pero ¿qué caso debe hacerse de sus sufragios? Aunque César hubiese degollado á sus madres, exclamáran de la misma manera.

CASIO. ¿Ciceron no habló?

CASCA. Sí, y en griego.

CASIO. ¿Qué dijo?

CASCA. Si lo sé, que no os vuelva á ver; pero los que le oyeron, se sonreían entre sí y meneaban la cabeza. Para mí era propiamente griego.

Casio le convida á cenar, y él se marcha.

BRUTO. ¡Qué grosero y pesado le han puesto los años! En las escuelas mostraba otro fuego.

CASIO. Y aun lo tiene para ejecutar una empresa noble y atrevida, á pesar de su rudo aspecto. Esa aspereza sirve de condimento á su sano juicio; provoca y excita la atencion de los demas, contribuyendo á que les sean mas gratas sus palabras.

Bruto se va y Casio se queda solo: Bruto (dice) eres generoso, y sin embargo veo que la firmeza de tu noble corazon, si cayese en manos hábiles, podria perder su primer carácter natural... Prueba de que las almas bellas deben acercarse siempre á sus semejantes.

En una noche tempestuosa, Casca refiere á Ciceron los prodigios que aterroran las imaginations; despues Casio le dice que son señales

de la cólera del Cielo. Oyendo de los labios de Casca que los senadores tratan de ofrecer á César la corona, Casio exclama : « Entónces ya sé dónde he de esconder este puñal. Casio libertará á Casio de la esclavitud (señala el corazón). Aquí ¡oh grandes dioses! armáis al débil de invencible fuerza; aquí ¡oh grandes dioses! burláis al tirano; ni torre de piedra, ni muralla de bronce, ni cárcel sin aire, ni pesados grillos pueden sujetar la libertad del alma. Cuando se encuentra fatigada de los obstáculos que le opone el mundo, no le falta el poder de librarse de sí misma. Lo sé; sé que está á mi arbitrio arrojar de mis hombros la parte de yugo que llevo. »

CASCA. También yo lo puedo, y cualquier esclavo tiene, como nosotros, en su mano el medio de abolir la esclavitud.

CASIO. ¿Y por qué César ha de ejercer la tiranía? ¡Débil mortal! me consta que es lobo voraz solo porque los Romanos se han convertido en ovejas; no sería león, si no hubiera en Roma tantos cobardes cervatillos... Pero ¡ay de mí! ¡adónde me arrastra mi celo patriótico? quizá hablo á un esclavo voluntario, y entónces no ignoro las resultas... Sin embargo, llevo conmigo un arma, y los peligros no me arredran.

CASCA. Hablas á Casca, y no á un impudente soplón. Toma mi mano; marcha, prepárate y enmienda estos males. Casca caminará junto al que vaya mas adelante.

Entónces Casio le descubre la conjuración y los conjurados, y convienen en reunirse en casa de Bruto. « Bruto está grabado en el corazón de todo el pueblo, y lo que en nosotros parecería un atentado, la autoridad de su nombre lo trasformará en mérito y virtud. »

En este acto el lector se encuentra ya bien enterado; los caracteres son conocidos; César, confiado en sí mismo, sin cuidarse de los enemigos, discretamente jactancioso; Bruto, alma exaltada, hasta el punto de no poderse poner á la cabeza de una facción en una República tan corrompida; así, aunque ocupe el primer lugar en toda la tragedia, no obstante Casio le sobrepuja en energía de voluntad y mas justas ideas de los nombres y las cosas.

En el acto segundo Bruto medita consigo mismo el proyecto, cuando algunas esquelas lanzadas en secreto por Casio dentro de la habitación de aquel le excitan á libertar á Roma. En aquel momento llegan los conjurados; es de noche y ruge la tempestad; hora y tiempo convenientes para las maquinaciones. Allí conciertan el plan; pero, tratándose de jurar, Bruto se opone:

« No, nada de juramento. Si la suerte de los hombres, los padecimientos de nuestras almas, los abusos de esta época son débiles motivos, cesemos al instante, volvamos á los ociosos fechos, y dejemos que la tiranía aflija al género humano, hasta que el último de sus individuos sucumba. Pero sí, como siento, estos motivos

inflaman al cobarde y comunican un temple de hierro aun á corazones femeniles, entónces, conciudadanos, ¿qué mas estímulo que nuestra causa necesitamos para excitarnos á hacer justicia? ¿qué mas vínculo que la palabra de Romanos unánimes, que no han faltado nunca á ella? ¿qué mas juramento que la promesa del hombre honrado al hombre honrado, de que ó se conseguira el bien, objeto de nuestros deseos, ó por él pereceremos? Jurad vosotros, ¡oh sacerdotes! ¡vosotros, gente cobarde y amiga de engaños! ¡vosotros, restos del hombre, viejos achacosos, almas flacas, que aceptáis el ultraje! ¡Juren, obligándose á servir en una causa injusta, esas viles criaturas cuya fe inspira recelos á los hombres! En cuanto á nosotros, no encadenemos el libre ímpetu de nuestro valor, no profanemos la santidad de nuestra empresa con la idea de que su ejecución necesita de un juramento. Hasta la última gota de la noble sangre de Roma está corrompida en las venas del Romano que viola una sola palabra de la promesa que han pronunciado sus labios. »

CASIO. ¿Y qué resolveremos de Ciceron? ¿No os parece que le tanteemos? Se me figura que nos sostendría con calor.

CASCA. No dejemos á Ciceron por medio.

CINNA. Guardémonos bien de dejarle.

METELO CIMBRO. Pongamos de nuestra parte á Ciceron. Sus cabellos blancos nos captarán la buena opinion de los hombres, y muchas voces, por respeto á él, se alzarán en nuestro elogio, se dirá que su cabeza ha dirigido nuestro brazo, y su gravedad servirá de escudo á nuestra temeridad y juventud.

BRUTO. No, no le nombréis siquiera. Jamas dará cumplimiento á lo que otros hayan empezado.

Y como Casio propusiese matar también á Antonio, añadió Bruto: « Pareceríamos demasiado sanguinarios si, una vez derribada la cabeza, destruyésemos también los miembros, como homicidas llenos de rabia en el acto de matar y de rencor despues de verificada la muerte. Antonio no es mas que un miembro de César. Hagamos de sacrificadores, no de verdugos, ¡oh Casio! Nos sublevamos contra el espíritu de César, no contra su sangre. ¡Ojalá pudiésemos matar el espíritu de César sin destrozar su costado! Pero aquella sangre nos es demasiado necesaria, y por lo tanto ¡oh amigos! matémosle, con firmeza, no con furor; tratémosle como víctima ofrecida á los dioses, y no le despedacemos como un cadáver destinado á los buitres. Nuestros corazones conduzcan nuestro brazo, como aquellos amos prudentes que encargan á sus siervos la ejecución de una venganza, y despues los condenan. Entónces nuestra acción será efecto, no de la envidia, sino de la necesidad, parecerá tal al pueblo, y se nos llamará pacificadores, no asesinos. No pensemos en Marco Antonio; no debe inspirarnos mas temor que el brazo de César,

cuando la cabeza de César haya caído de sus hombros. »

CASIO. Yo le temo, sin embargo; pues el afecto que profesa á César...

BRUTO. Buen Casio, no te cuides de eso. Si ama á César, podrá sepultarse en la melancolía y morir, lo cual redundaría en gran daño suyo, dado como es á las reuniones, á los placeres, á la vida disipada.

Concertado todo, los despide: « Id y poned semblante alegre y risueño, que nuestras miradas no revelen los designios que abrigamos; sostengamos nuestro papel como los actores. Os deseo un buen día á todos. »

Despues llama: « ¡Muchacho! ¡Lucio! está durmiendo. — Pues bien, disfruta en paz el profundo sueño que te embalsama. Para ti no existen estas imágenes, estos fantasmas que la activa inquietud figura en el cerebro de los hombres; sigue entregado á ese sueño tan puro. »

Entra Porcia, que con la sabida demostración de valor le induce á comunicarle el secreto. Hasta Ligario se repone de su enfermedad para ejecutar las órdenes de Bruto.

Trasladémonos ahora al palacio de César, donde Calpurnia, por medio de sueños y otros pronósticos, disuade á aquel de dirigirse al Senado. César envía á interrogar á los augures, y estos le contestan que no salga, porque habiendo registrado en las entrañas de la víctima, no encontraron el corazón.

CÉSAR. Los dioses han querido sonrojar á los cobardes. Si el miedo retuviese hoy á César en su casa, carecería de corazón como este animal. No, César no permanecerá aquí. El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo día; yo nací primero, y soy el mas terrible de los dos; el peligro sabe bien que César es mas poderoso que él, y César saldrá.

Pero al fin cede á las instancias de su esposa, y en el momento mismo entra Decio, el cual, oyendo su resolución, le pregunta el motivo que lo impulsa.

CÉSAR. El motivo es mi voluntad; no quiero ir. Para satisfacer al Senado basta esta palabra; mas para satisfacerme á tí, y porque te amo, voy á decirte la razón.

Y le cuenta los sueños de Calpurnia; Decio le excita la vergüenza. « El Senado ha decidido decretar hoy una corona al gran César. Si mandas á decir que te quedas en casa, pudiera mudar de dictámen, y alguno dirá con burla: — Despedid el Senado hasta otro día, en que asalten á la mujer de César sueños mas felices. En viendo á César ocultarse, se dirán al oído: — ¡Mirad! César tiene miedo. »

Los demas conjurados llegan y determinan al dictador á ir al Senado. En el tránsito el retórico Artemidoro le arroja una esquela, advirtiéndole que no se fie de aquellos; pero César, sabedor de que la esquela es relativa á su persona, dice: « Lo que me interesa á mí solo quede para lo último. »

Porcia, á quien trae inquieta el éxito de la empresa de su marido, envía esclavos á ver, pero sin explicarles qué cosa. Los conjurados, temerosos de ser descubiertos por algunas palabras, por cualquier alusión, por los presagios del augur que amenaza con los idus de marzo, excitan el interés mas que ninguna invención teatral, y sin apartarse un ápice de la verdad histórica. Enteramente históricos son también la escena del Senado, la súplica de Casio y de Cimbro, y por último el asesinato.

BRUTO. Muere, pues, ¡oh César!

CÉSAR (cayendo). ¿También tú, Bruto? CINNA. ¡Libertad! ¡Libertad! La tiranía ha muerto. ¡Corred! Anunciad, haced que este grito resuene por las calles.

CASIO. Suba uno de vosotros á la tribuna: ¡pronto! y grite á voz en cuello: ¡Libertad! ¡Libertad!

BRUTO. Pueblo, senadores, no os asustéis, no huyáis; permaneced firmes en vuestros puestos; la ambición pagó su merecido... Publio, recobra el aliento; ni á tí, ni á ningún Romano se trata de molestar; vé, y anúncialo á todos.

CASIO. Vé, Publio; y que el pueblo, corriendo hácia nosotros, no ultraje tus canas.

BRUTO. Si, vé, que ninguno, fuera de nosotros, sea responsable de esta acción.

CASCA. Antes de partir, tiñamos el brazo en la sangre del César. Encaminémonos despues á la plaza pública, y esgrimiendo las sangrientas espadas sobre nuestra cabeza, clamemos libertad, paz, rescate.

Antonio manda á pedir un salvoconducto, y cuando llega al punto de la catástrofe, se pone á gemir sobre el cadáver de César, diciendo que quisiera haber sido muerto con él. Los conjurados le tranquilizan, y él estrecha la mano de todos; pero manifiesta tanto calor al deplorar la pérdida de César, que aquellos conciben sospechas. Sin embargo, Bruto no solo le promete explicarle las razones del hecho, sino que consiente en que exponga al pueblo el cadáver del dictador.

Quando los demas se han marchado, Antonio exclama: « ¡Oh monton de tierra ensangrentada! ¡perdona si me muestro apacible con estos verdugos! ¡Restos del hombre mas insigne que han traído en su curso las olas de las generaciones! ¡Vituperio para la mano que derramó tan noble sangre! ¡Vituperio y maldición para los que abrieron estas heridas, que como otras tantas bocas mudas imploran mi socorro, á fin de declarar al mundo esta tremenda predicción!... Crueles azotes afligirán la raza de los hombres; discordias intestinas, sangrientas guerras civiles sembrarán de ruinas la mísera Italia; sangre, destrucción, muertes y demas cosas horribles llegarán á ser tan familiares que las madres no podrán ménos de soureirse al ver los sesos de sus hijos aplastados contra las murallas. El hábito de los hechos atroces extinguirá todo género de lástima, y el espí-

ritu de César errante para obtener venganza, llevará á su lado las Furias del infierno, y con voz soberana atronará la comarca gritando: *¡Destrucion! ¡Destrucion!* Entónces se lanzarán los leones en terribles guerras; reinarán todos los poderes maléficis de la naturaleza, y una nube contagiosa, exhalada por los huesos insepultos que cubrirán la tierra, subirá al cielo en testimonio de tan impía acción.»

El pueblo romano, agitado por la noticia del grande asesinato, recordando sucesivamente los vicios y las virtudes del dictador, y mirando ora como héroes, ora como sicarios á los conjurados; Bruto por una parte que quiere justificar el golpe, Antonio por la otra que quiere excitar á la venganza; en el centro del cuadro el cadáver de uno de los hombres mas grandes de Roma, que hace poco daba leyes al mundo; todo esto forma una escena de las mas poéticas, en sabiendo darle los colores. Nadie mas hábil que Shakspeare en este punto. Pone verdaderamente de manifiesto los deseos contrarios del vulgo, el cual, oyendo á Bruto, se convence de que César aspiraba á esclavizar á Roma; que solo las almas viles pueden condenar su muerte y grita: ¡Viva! y quiere levantar á Bruto una estatua entre los antiguos héroes, nombrarle César. «Viva Bruto, — conduzcámosle á su casa en triunfo, — erigidle una estatua entre sus abuelos, — hagámosle César.» ¡Hacer César á Bruto! ¡Tal es el modo de obrar del pueblo! ¡Así comprendía el vulgo romano la república y la libertad!

Luego Antonio, autorizado por Bruto que desea oír el elogio de aquel á quien mató y que amaba, sube á la tribuna en medio de los gritos del pueblo que exclama: «¡César fué un tirano: dichosos nosotros que nos vemos libres de él!»

ANTONIO. Amigos, Romanos, compatriotas, oid. Yo vengo á hacer las exequias de César, no su elogio. El mal que los hombres causan les sobrevive: el bien queda sepultado con sus cenizas. Así sucede á César. El ilustre Bruto os ha dicho que César era ambicioso: si en efecto lo era, obró mal y ha pagado cara su culpa.

Empleando aquellos artificios que no se aprenden de los maestros, continúa cada vez mas animado la narración de los hechos de César, y se extiende en el relativo á la corona que se le ofreció tres veces y desechó otras tantas.

UN PLEBEYO. ¿Habéis oido bien? César no quiso aceptar la corona: es, pues, cierto que no era ambicioso.

¡Lógica popular! Despues, cuando oye el testamento, el pueblo voluble niega la ambicion del dictador, le eleva al cielo, llama traidores á sus asesinos, clama venganza. «Busquémoslos por todas partes; á las llamas con ellos; ni uno solo quede vivo.» Antonio finge detenerlos; alabando siempre á Bruto, indica la justicia de la venganza mientras aparenta disuadirlos de su intento, y en el fondo de su

corazon se regocija: «Dejemos ahora, dice, desarrollarse este germen. Sedicion, estás desencadenada: corre por donde quieras.

Un episodio de la clase de los que solo Shakspeare se atreve á introducir, revela la brutalidad del pueblo. Un tal Cina, poeta, temeroso por haber soñado la pasada noche que asistía á un banquete en compañía de César, sale; y encontrándole la multitud, oye que se llama Cina, le toma por el conjurado del mismo nombre y le despedaza. Hecho histórico.

La inimitable maestría de aquellas escenas eleva la acción á tal grado de magnificencia, que no puede esperarse que ningun arte, no digo continúe creciendo, pero ni siquiera se sostenga á semejante altura. Lo cual es culpa de la naturaleza del hombre, mas vivamente curioso del éxito de un gran designio que no admirador de la constancia con que otros soportan sus consecuencias. Voltaire, que zahería á Shakspeare al paso que le dilapidaba, y que queria que por amor á la libertad se entregasen al verdugo los dramas del poeta inglés, cometió indudablemente un error terminando aquí su tragedia, pues esta aparece un nudo sin solución, un enigma sin clave; en atención á que el verdadero héroe de esta tragedia no es César, sino Bruto. Bruto y Casio son en Shakspeare el alma de los otros dos actos, mas débiles, convengó, pero que abundan en bellezas insignes.

Al principio nos encontramos al pié de los muros de Módena con Antonio y Octavio, que arreglan friamente la proscripción. La escena es tremenda.

ANTONIO (notando la lista de los proscritos). Todos estos perecerán. Sus nombres están marcados con puntos.

OCTAVIO. Lépido, tambien tu hermano debe morir. ¿Consientes?

LÉPIDO. Consiento.

OCTAV. Señálale, Marco Antonio.

LÉP. Con tal, Antonio, que no viva Publio, el hijo de tu hermano.

ANT. No vivirá. Mira como le noto. Lépido, corre á casa de César, trae el testamento, y verémos de desembarazarnos de algun otro legado. (Sale Lépido.) Ese es un hombre nulo, bueno tan solo para portador de mensajes. Cuando el mundo se divide en tres porciones, ¿debe semejante individuo alargar la mano, y ser uno de los tres que lo repartan entre sí?

OCT. Y si tal es el juicio que de él has formado, ¿por qué contar con su voto en el negro decreto de proscripción?

ANT. Octavio, tengo mas años que tú: si colocamos en ese hombre tal honor para aliviarnos de cargos odiosos, él sufrirá su peso, conducido ó impulsado por el camino que le prefijemos, y cuando le haya llevado al punto de su destino, se le quitaremos de encima, y despidiéndole como un asno ya sin la carga, le enviaremos á menear la cabeza y comer el abundante pasto.

OCT. Haz como te agrade; pero es un guerrero intrépido y experimentado.»

ANT. Tambien lo es mi caballo, Octavio; y por eso le doy un buen forraje: ente pasivo, acostumbrado á combatir, á dar vueltas, á pararse, á correr; mi inteligencia dirige sus movimientos maquinales. Bajo ciertos respetos, Lépido no vale mas. Es preciso educarle, disciplinarle, advertirle que se mueva. Es un entendimiento estéril que se alimenta de imitaciones, que hace su moda de los objetos desechados por los demas. No hablemos de él, pues llaman nuestra atencion intereses mas graves. Bruto y Casio marchan levantando ejércitos, etc.

Poco despues estamos en el campamento de estos dos en Sárdis. Bruto ha castigado con la infamia á Lucio Pella, legado de Casio, acusado de cohecho. Casio se queja, y de aquí nace un admirable diálogo. La amistad, tan ardiente entre los antiguos, el aprecio de Casio á Bruto, y el contraste que forma con la ira excitada en él por las injurias que cree haber recibido y por las amargas palabras que Bruto le asesta, conmueven al lector. Casio saca el puñal, y entregándole á Bruto: «Toma (le dice), aquí tienes el puñal; mira desnudo mi seno; en él palpita un corazon mas precioso que el oro, mas rico que todas las minas de la tierra. Si necesitas un corazon de Romano, tómalo: yo que no quise darte otro, te lo ofrezco. Traspásalo, como traspasaste á César; pues yo sé que cuando mas le aborrecias, te amaba mas que lo que has amado nunca á Casio.»

BRUTO. Envaina el puñal; exhala el furor cuanto te plazca, haz lo que se te antoje; será una cosa ridícula; ¡oh Casio! Tú te has colocado bajo el mismo yugo con un hombre sin hiel; la cólera en mi seno es como el fuego en el pedernal, que se desprende al herir este, y en el momento que sigue ya está frio.

CASIO. ¿Segun eso, no vive Casio mas que para servir de juguete á su Bruto cuando se encuentre de mal humor?

BRUTO. Al expresarme así, tambien me hallaba yo mal dispuesto.

CASIO. ¿Y tú lo confiesas? Dame la mano.

BRUTO. Y con ella el corazon.

Aquí sucede la reconciliacion, y se cruzan entre ellos y con otras personas palabras tranquilas.

CASIO. No te hubiera creído capaz de tanta cólera.

BRUTO. ¡Oh Casio! muchos dolores al mismo tempo destrozan mi alma.

CASIO. ¿Cómo no haces uso de la filosofía para errar tu ánimo á los males eventuales?

BRUTO. Nadie soporta el dolor mejor que yo. Porcia ha muerto.

CASIO. ¿Ha muerto Porcia?

BRUTO. Ha muerto.

CASIO. ¿Y no me has matado cuando te irrité? ¡Oh pérdida inmensa, irreparable!

Gien versos de los que pudieran llamarse tra-

gedias de palabras, no bastarian á pintar el alma de Bruto como esta escena, y que disimula un dolor tan intenso, cual era la pérdida de su amada esposa, muerta para él, á fin de turbar la marcha de los negocios públicos. Pero ¿hay nada mas natural al hombre que ese humor inquieto que en él produce un pesar reprimido, y que convierte para él en objetos de ira los menores incidentes? Cuando Bruto oye confirmada por otros la noticia de aquella muerte, inclina la cabeza, reflexiona un instante, y dice: «Adios, pues, ¡oh Porcia! Todos tenemos que morir. Mesala, pensando que debía morir un dia, adquirí la fuerza necesaria para sobrellevar hoy su muerte.»

MESALA. Así deben los grandes hombres soportar las grandes pérdidas.

CASIO. El estudio me enseñó como á ti esas cosas; sin embargo, mi naturaleza no podria ser tan sufrida.

Considérase con justicia esta escena como ejemplo del patético mas sublime, en que el llanto no nace de ver llorar, sino de la firmeza del héroe. Del mismo modo nos estremecemos cuando Ugolino dice: *Yo no lloraba; por eso mi alma se petrificó.*

Inmediatamente despues Bruto se sepulta en los negocios, dispone las batallas; luego, cuando está para retirarse (revelacion certísima de la naturaleza humana), se diria que experimenta alguno de aquellos terrores indefinibles que nos turban en la muerte de nuestros parientes, y llama en torno de sí á sus esclavos; encarga á uno que toque, pero se queda dormido.

Aquí la historia permitia al poeta hacer uso de lo maravilloso; preséntase el genio malo á Bruto; este, asustado, despierta á sus fámulos, y luego que recobra su aplomo, da las órdenes oportunas y se encamina á Filípos. Allí le encontramos en el acto V, en el campamento donde están para empeñar el combate Romanos con Romanos. Esta consideracion conmueve á Bruto, y trata de entablar un arreglo; pero Antonio y Octaviano le reprenden las melosas palabras de que se valió al asesinar á César: «Tienes, ¡oh Bruto! dulces palabras y malos hechos! Abriste el corazon de César, exclamando: *Salud y larga vida á César,*» le dice Octavio; y Antonio: «¡Traidores! cuando vuestros cobardes puñales se chocaban uno con otro en el costado de César, os gozábais como tigres. Prostrados á modo de esclavos, arrastrándoos como serviles gozquecillos, besábais los piés de César, mientras el infame Casca, acercándose por detras, atravesó su cuello. ¡Aduladores!»

CASIO. ¿Aduladores? Da gracias á ti mismo, ¡oh Bruto! Esa lengua no nos ultrajaria hoy si Casio hubiese sido el dueño.

Casio que entónces habia aconsejado matar á Antonio, es ahora de dictámen contrario á la batalla. Dice á Bruto: «Si somos vencidos, este es el último instante, el último que con-